



LA AURORA,

PERIÓDICO DE LOS NIÑOS.

EL NIDO DE GOLONDRINA, ó EL DESTERRADO.

En la primavera de este año fué una amiga mia á pasar algunos dias al lado de su hermano, que vivia en una ciudad de provincia y era padre de dos hermosas niñas: Alfonsina y Julia. Grande fué la alegría de estas niñas por la llegada de su tía. El tiempo estaba frio

4.º DE SETIEMBRE DE 1851.

NÚMERO IX.

y triste, y fué preciso renunciar á los paseos proyectados y estarse en casa. María, que así se llamaba la tía, refería á sus queridas sobrinas varios sucesos é historias de todas clases. Un día, hablándoles de la batalla de David con Goliath, se levantó Alfonsina y corrió hácia la ventana diciendo:

«¡Las golondrinas, tía mial!»

Julio siguió precipitadamente á su hermana; levantóse también la tía y vieron revolotear junto á la ventana dos golondrinas, que entraron por fin en la habitación y fueron á ocupar el nido que habían abandonado el otoño anterior.

Como era fría la estación, se habían retardado las viajeras, y Alfonsina y Julia las esperaban con impaciencia. Viéndolas llegar tres años seguidos por la primavera, se comprenderá fácilmente la alegría de las niñas al verlas revolotear en la ventana.

Después de asegurarse las golondrinas que se hallaba el nido en buen estado y que solo faltaban algunas hebras de lana ó plumas, fueron al campo en su busca, y volvieron luego llevando una en el pico un copito de lana y la otra algunas plumas.

Entró la hembra en el nido y lo preparó para sus hijuelos. El macho trajo tierra para cerrar una abertura, y gracias á su actividad, nada faltó al nido al llegar la noche.

Pasaron algunos días, en los cuales veían Alfonsina y Julia ir y venir las golondrinas, y observaron que la hembra empollaba los huevos.

Habiéndose extraviado un objeto en la casa, lo buscaban la tía y sobrinas por todas partes, y se acercaron tanto al nido de las golondrinas, que alargando el brazo pudieron acariciar la cabeza de la hembra, que sin asustarse dejaba á las niñas que la mirasen.

Instada por Alfonsina, tomó la tía la golondrina y la alargó á las niñas para que besasen su gentil cabeza. Al volverla después á su nido, sintió María un objeto duro bajo el ala derecha del pájaro, y vió con sorpresa una cinta gris que rodeaba el ala y la pata derecha. Desató la cinta y observó que estaba cosida en toda su longitud y parecía encerrar un objeto.

Puesta la golondrina en su nido, la tía y la sobrina, con la curiosidad de saber lo que había en la cinta, bajaron al comedor donde les esperaban los papás de Alfonsina y Julia para almorzar.

La cinta contenía una hoja de papel delgado, escrito en letra sumamente fina y apretada, que leyó el hermano de María. Hé aquí su contenido:

«Dichosa golondrina, que vas á dejar el Africa para volver á Francia, mi querida patria. Acaso volarás sobre el techo de la casa que abraza á mi amada esposa, mi buena Catalina, y mis cuatro hermosos hijos, Julio, Antonio, Rosa y mi inocente Anita. Acaso está situado tu nido en

las ventanas de la iglesia de San Luis, mi parroquia, donde he sido bautizado, donde he recibido la primera comunión, donde he unido mi suerte á la de mi querida Catalina! ¡Ah! ¡No os veré mas, querida esposa y amados hijos míos!

»Cualquiera que seais el que lea estos renglones, dirigid á Dios omnipotente una fervorosa oración por el infeliz deportado y su familia.== Lorenzo.»

Acabada la lectura de este billete, todos estaban conmovidos, y Alfonsina fué á sentarse en las rodillas de su padre rodeando y estrechándole el cuello con sus brazos.

«¡Infeliz deportado! dijo la tía, que fué la primera en romper aquel penoso silencio. ¡Qué placer recibiría su esposa con este billete! Pero ¿dónde encontrarla?

—En París, dijo el hermano de María; solo allí ha habido deportados..... habla de la iglesia de San Luis, y creo que con estas indicaciones será fácil encontrar á su muger y sus hijos.

—¡Ah! la buscaré á mi regreso á París, aunque tuviese que recorrer todas las calles. Me comprometo formalmente á ser la fiel mensajera de nuestra golondrina.»

Algunos dias despues, regresó la tía á París, y al siguiente de su llegada salió en busca de la familia del deportado.

El instinto, ó mas bien Dios, la condujo á la iglesia de San Luis, preguntando en todas las puertas:

«¿Vive en esta casa una señora con cuatro hijos, y cuyo esposo fué deportado á Africa?»

Despues de muchas preguntas inútiles, encontró una frutera que le informó que en una boardilla de su casa habitaba una pobre muger, que acaso seria la que buscaba. Llena de esperanza María con esta noticia, subió en un momento los cinco pisos.

Al llegar á la puerta del cuarto que se le habia designado, oyó María una voz de muger que decia:

«Sé prudente, querido Julio; no olvides que estás reemplazando á tu pobre padre.»

Segura de encontrar esta vez á la que buscaba, llamó á la puerta.

A los golpes abre una muger.

María le preguntó si se llamaba Catalina, á lo que respondió que sí. Entonces le dijo que tenia que hablarle. La pobre muger la introdujo en la habitacion y le ofreció la única silla que habia. Veíase en aquella habitacion una cama de madera cubierta con unas mantas viejas, un brasero de tierra, una mesa vieja, y en esta mesa un pedazo de pan de munición y un trozo de queso. Saltaron las lágrimas á los ojos de María, y dijo:

«¿Se llama Lorenzo vuestro esposo?

:

- Sí señora, respondió la pobre muger temblando.
 — ¿Dónde está?
 — ¡Ah! deportado en Africa.
 — ¿Recibís con frecuencia cartas tuyas?
 — Voy al ministerio de la Argelia, y me dicen que no ha muerto ni está enfermo.
 — ¡Nada mas sabeis!
 — No señora.
 — ¿Os ha escrito alguna vez?
 — Sí señora; una carta de pocos renglones en el momento de salir del Bell-Isle para Africa.
 — ¿Queréis enseñármela?

La pobre muger, deshecha en lágrimas, entregó á María una carta, y como fuese idéntica la letra á la del billete de la golondrina, lo entregó María á la pobre Catalina, explicándole cómo habia llegado á sus manos.

Algunos dias despues, escribió María á su hermano lo siguiente:

«Por fin he encontrado á la familia del desterrado, pero en la miseria. Con el auxilio de algunas personas caritativas, he cambiado su posicion: hace tres dias que está instalada en una habitacion aseada y con los muebles precisos: Catalina tiene certeza de encontrar trabajo para muchos dias: sus tres hijos mayores, vestidos con aseo, van á la escuela: la menor, Ana, está tambien admitida en la escuela de párvulos. Encarga á mis queridas sobrinas que escriban estos detalles para que la golondrina, la gentil mensajera, sea portadora de ellos en el otoño al desterrado.

MARIA TESTAS.



EL CRISTIANISMO EN RUSIA.

En el siglo ix fue invadida Rusia por tres príncipes valerosos, tres hermanos, procedentes de las orillas del mar Báltico. Fueron llamados por los habitantes de Novogorod, á fin de que los pusieran á cubierto de los ataques de sus enemigos y estableciesen la tranquilidad de que se hallaban privados.

Los tres hermanos, príncipes de los varegos, pueblo atrevido y belicoso, no se hicieron esperar, y entraron en el territorio de Novogorod en 862. Llamábase el uno Rurik (el Pacífico); el otro, Siwaz (el Victorioso); y el tercero, Truwal (el Fiel). Situáronse en tres puntos distintos; pero habiendo muerto los dos últimos, reuniéronse las tres colonias en una sola, bajo las órdenes de Rurik, quien se estableció en Novogorod en 863 con el título de gran príncipe, y dió al país el nombre de Rosland, de donde viene el de Rusia.

Pronto conocieron los naturales que en vez de un auxiliar tenían un señor; y en efecto, Rurik convirtió la antigua república en estado monárquico, reservándose la soberanía. Así tuvo principio el imperio de Rusia.

Este príncipe con su gente enseñó á los eslavos á conocer sus fuerzas y á servirse de ellas. Atacaron á sus hermanos en lo interior, y llevaron sus armas al exterior, donde hicieron varias conquistas. Los sucesores de Rurik imitaron su conducta y pelearon con igual fortuna hasta imponer condiciones á Constantinopla.

A mediados del siglo x ocupaba el sólio Swiatoslaw, que desde su juventud habia dado pruebas de excelentes disposiciones belicosas. Este soberano seguia las huellas de sus antecesores, y hacia frecuentes excursiones, ya para conservar sus dominios, ya para extenderlos.

Una mañana, en que debia partir de la capital con su ejército, se despedia un guerrero de una muger y un niño de corta edad, que habian salido al campo con este objeto. El guerrero era el mismo Swiatoslaw; la muger, su esposa Olga; y el niño, su hijo Wladimiro, que debia sucederle en el trono.

El príncipe adoraba á su hijo con frenesí, y la despedida fue tierna y cariñosa. En el momento de separarse tomó Olga á Wladimiro de la mano; y apenas habia andado Swiatoslaw dos pasos, cuando volviéndose de repente, dijo con acento grave y severo: «Ya sabes, Olga, mis deseos: espero que los cumplirás.» Dicho esto, se alejó inmediatamente.

Olga bajó tristemente los ojos por única contestación, quedando in-

móvil en el mismo sitio. Levantándolos luego hácia el cielo, exclamó: ¡Dios mio, salvadle la vida, y sobre todo, salvad su alma!

El guerrero continuó su camino sin detenerse, y el hijo y la esposa le seguían con la vista, hasta que la desigualdad del terreno ocultó á sus miradas todo el ejército. No bien habia desaparecido, cuando descubriendo Olga una cruz que guardaba cuidadosamente en una de las joyas que adornaban su pecho como un talisman, se arrodilló con reverencia. Wladimiro imitó á su madre, y ambos adoraban alternativamente aquella tosca cruz, formada de madera por la misma princesa.

Olga abrazaba á su hijo y acercaba á sus labios con la mayor veneración aquella cruz, cuya vista la alentaba y sostenia en su fé. «Pero este ángel, decia con ternura, acariciando la hermosa cabellera de Wladimiro, este ángel de inocencia y de bondad, ¿ha de ser tambien presa del grosero error que ofusca á su padre? ¿No han de germinar en esta tierra virgen y pura las santas verdades que ha enseñado el Salvador de los hombres y han predicado los apóstoles?»

«Dios mio, Dios mio, prosiguió despues de un momento de meditación y silencio, por los merecimientos de vuestro unigénito hijo sacrificado cruelmente en esta cruz, por su Santísima Madre, moved el corazón de aquel hombre para que entre en el gremio de los cristianos, y que esta inocente criatura no se separe de él!» Acercó de nuevo la cruz á sus labios y á los de su hijo, y poniéndose en pié se retiró á su casa.

Olga profesaba la religion de Jesucristo y procuraba imbuir á su hijo en sus sanas doctrinas. Swiatoslaw por el contrario, dominado por las repugnantes creencias de su pueblo, queria absolutamente que las siguiese su heredero. La buena madre, posponiéndolo todo á la verdadera religion del Crucificado, sufría con resignacion los disgustos y sinsabores que le acarreaba su conducta, pero aprovechaba todas las ocasiones de instruir á su hijo querido en las doctrinas de la fé.

Wladimiro, lo mismo que los hermanos que tuvo despues, adquirieron desde la mas tierna infancia las primeras nociones de la religion verdadera en el regazo materno, y aunque contrariadas á todas horas por el padre, no fueron enteramente infructuosas.

A la muerte de Swiatoslaw dejó tres hijos que dieron el primer ejemplo de las discordias fraticidas en Rusia. Deshízose por fin Wladimiro de sus hermanos y quedó dueño absoluto de todo el imperio, conquistándose con sus victorias el sobrenombre de Grande.

Guerrero de feroz bravura y ciego imitador de su padre, al paso que extendió sus dominios, se entregó á los deleites, y prestaba adoración á repugnantes ídolos para aplacar la cólera divina. Su supersticion fue causa de condenar á muerte á los dos primeros mártires de Rusia, San Fedor y San Ivan.

Pero las semillas implantadas por su bondadosa madre no podían me-

nos de germinar en el corazón de Wladimiro. En los tiempos de tranquilidad y calma no podía menos de recordar aquellas sanas doctrinas, y

TRAGE DE LOS VAREGOS.



asi fue en efecto, pues que estaba destinado por la Providencia á dar el cristianismo á su pueblo.

Reconociendo que la idolatría de los suyos era demasiado grosera, envió diez sábios á Alemania y á Roma con el fin de que tomaran conocimiento de los diferentes cultos; consultó él mismo á los judíos, á los cristianos y á los mahometanos, y por último diputó otros cuatro embajadores á Constantinopla. Como vieran el magnífico templo de Santa Sofía, la pompa de los ornamentos sacerdotales, la belleza de las pinturas, la piadosa magestad de las ceremonias y de las plegarias, quedaron conmovidos y creyeron oír á los ángeles del cielo como niños vestidos de blanco cantando á coro el *Sanctus*. Al mismo tiempo los recuerdos de la infancia y la conducta de su madre le hacían reflexionar á Wladimiro, que decía muchas veces para sí mismo: «preciso es que la religion de Jesucristo sea la verdadera cuando Olga la sigue.»

Con tan buenas disposiciones salió al frente de su ejército hácia Constantinopla y despues de algunos triunfos se contentó con dirigirse á los emperadores Basilio y Constantino dándoles á escoger entre concederle la mano de su hermana Ana, y la guerra. Los emperadores adoptaron el primer partido á condicion de que recibiera el bautismo. Wladimiro, dispuesto de antemano á abrazar la religion cristiana, no tuvo que violentarse y suscribió á ello.

Vuelto con los soldados á su país, doblaron todos la frente ante el agua santa y derribaron los ídolos. Introducidos todos en el agua, pronunciaron las oraciones los sacerdotes á bordo de los bajeles. Prosteronado Wladimiro en la ribera, dijo: «Dios del cielo y de la tierra, baja tus ojos hácia este pueblo; bendice á tus nuevos hijos; haz que te reconozcan por el verdadero Dios; fortifica en ellos la fé verdadera; sostenme contra las tentaciones del demonio, como espero triunfar de sus lazos con tu gracia.»

Desde entonces templó Wladimiro su fiereza, socorria á los menesterosos, fundó ciudades, instituyó escuelas, fomentó las artes, concedió á los eclesiásticos gran poder, y llevó la piedad hasta el exceso de no castigar los desmanes, diciendo: «¿quién soy yo para condenar á los demás á muerte?»

M.





BABER,

FUNDADOR DE LA DINASTÍA DE LOS MOGOLES.

«Hoy debes cumplirme una promesa, Juanito, decía uno de los lectores de *La Aurora* á su hermano mayor.

—¿Y cuál es, querido Julio?

—Leyendo un artículo de *La Aurora* sobre el Indostan, me habías ofrecido hablarme de un personaje que se hizo ya célebre en su niñez. Me parece que se llamaba Baber y fue el fundador del imperio de los Mogoles.

—En efecto, tienes razon, y cumpliré mi palabra ahora mismo, si estás dispuesto á escucharme.

—Con mucho gusto.

—¿Recuerdas quién era Baber?

—Sí, perfectamente, Baber era un tártaro, descendiente de Timur ó Tamerlan, y rey de Cabul cuando proyectó conquistar la India.

—El mismo, querido Julio. Zehir-ul-Dien-Mohammed Baber, fue el fundador del famoso imperio del Mogol en el Indostan. Juguete de la fortuna, como él mismo decia, parecido á un peon que recorre los cuadros del tablero, errante como la luna en el cielo, atraído y rechazado sin cesar de un punto á otro como una piedra en la orilla del mar, pasó sus primeros años y aun la mayor parte de su vida, tan pronto ensalzado hasta la gloria, como precipitado en un abismo.

Desde niño ejercia en comun la autoridad con su padre, el sultan Amer, y á la muerte de este, cuando Baber no contaba mas que doce años, heredó el trono. Poco probable parecia que tan débil soberano fuese capaz de conservar su herencia en medio de enemigos poderosos; pero Baber no era un niño ordinario. En tan corta edad, supo desplegar la energía e inteligencia de un hombre: el relato de las acciones de su adolescencia parece mas bien una novela que una historia.

Apenas habia cerrado los ojos su padre, cuando dos tios suyos sitiaron la capital del reino, se sublevaron los gobernadores de algunas provincias, y hasta su mismo hermano. La peste obligó á levantar el sitio á sus tios, y poniéndose él al frente de su ejército, pacificó el reino, y se apoderó luego de la capital del de Samarcand. No obstante, le abandonó su ejército por no consentirle el pillaje, y llegó á la situacion mas precaria, quedando reducida toda su gente á 40 caballos, cuando no tenia mas que 14 años.

Lejos de desanimarse Baber por todos estos reveses, redobló su actividad y esfuerzos. Recorrió sus estados disfrazado, reunió un ejército considerable, y aunque por varias causas quedó este reducido á 240 hombres, con tan escasa fuerza entró en Samarcand á poco de empezar la noche. Retiróse por prudencia, pero arrepentido despues, y alentado por un sueño, hizo escalar la ciudad al amanecer por ocho hombres que le abrieron una puerta por donde se introdujo con el resto de su gente, y á la edad de 18 años se halló dueño de Samarcand, por segunda vez.

Dueño de la ciudad, tuvo que sostener un sitio de cuatro meses, durante el cual dió repetidas muestras de intrepidez y arrojo. Demandó en

vano auxilios á los príncipes de la casa de Timur, sufrió los rigores del hambre y cuantos son consiguientes á un prolongado sitio, y faltó de recursos abandonó por fin la ciudad seguido de un centenar de hombres. Hizo luego esfuerzos para reconquistar su antiguo reino, pero inútilmente. Quedó reducido á una situación que no le ofrecia ningun porvenir.

A la edad de 20 años, Baber habia ejercido el poder soberano, habia conquistado imperios, y por fin se encontraba ocioso á pesar suyo y sin esperanza alguna para el porvenir.

—¿Y cómo pudo fundar el imperio del Mogol? dijo Julio.

—Favorecido por la suerte y su talento é intrepidez.

A Baber le faltaba una cosa y buscó el medio de suplirla. Le faltaba lo que falta á todos los jóvenes sin que pensemos jamás en ello. Baber carecia de experiencia y era preciso suplirla.

—¿Mas cómo suplirla?

—Nada mas fácil: con los consejos sinceros y desinteresados de una persona entendida. El mismo Baber decia: «deseo el consejo de un amigo, pues las tristes consecuencias de que soy víctima proceden de haberme fiado de mi mismo.» Lo buscó y tuvo la suerte de encontrarlo.

Aconsejado por Backer, intentó fortuna en Cabul, reino entregado á la anarquía, y dos años despues era rey de Cabul. Temblores de tierra, la guerra y otras calamidades, afligieron su reino; pero su generosidad, el solícito cuidado con que atendia á las necesidades de sus súbditos, le valieron el amor y fidelidad de todos ellos.

En los primeros años hizo varias conquistas, y la poblacion y riquezas de la India atrajeron luego sus miradas hácia aquel pais, que conservaba numerosos vestigios de la dominación de Timur. Las discordias civiles favorecian sus planes, y los emprendió considerándolos como una restauracion mas bien que como una conquista. Las primeras expediciones no tuvieron resultados. En 1523 sin embargo consiguió una gran victoria cerca de Lahora, redujo la ciudad á cenizas, y desde entonces se presentó á su vista un risueño porvenir.

Obligado á volver á su propio reino por apaciguar discordias intestinas, se entregó al descanso y el placer, pero muy pronto salió de su indolencia. Hácia aquel tiempo la prudencia que le habia faltado en su juventud, fue una de sus principales virtudes. No dió un solo paso en su conquista sin haber desarmado completamente á los vencidos ó sin asegurarse de su sumisión. Convencido de la inferioridad de los indios en valor militar con respecto á sus soldados siguió su empresa con toda decision.

Empezó entonces para Baber una série no interrumpida de triunfos. Se pasaron á sus filas tres mil caballos de Ibrahim y batió una avanzada de este compuesta de 27,000 hombres. Encontráronse por fin frente á

frente los dos reyes á unas veinte leguas de Delhi. Ibrahim tenia á sus órdenes 400,000 caballos y 4,000 elefantes; estando reducido el ejército de Baber á 13,000 caballos; pero la victoria quedó en favor de este último por la habilidad con que dispuso y dirigió su ejército, tan inferior en número al de su adversario.

Baber consiguió otros triunfos y se posesionó de la capital de la India; pero no tardó mucho en mostrársele adversa la fortuna. La infidelidad de uno de sus gefes, la falta de víveres, la esterilidad de los campos saqueados, el extremado calor del clima que diezaba espantosamente los soldados, todo parecia conjurarse contra él. Los gefes de su ejército le pidieron de común acuerdo la vuelta á Cabul. Firme y tranquilo sin embargo Baber, aseguró la fidelidad de los soldados, ganó por su moderacion y generosidad á muchos indígenas, y consolidó su autoridad. Por fin hizo un esfuerzo para destruir á los descontentos, que no cesaban de hostigarle, y con táctica superior y arrojo heroico puso en fuga á Mahmoud, sucesor de Ibrahim, asegurando su imperio en la India.

Tales eran los títulos de Baber, como valiente y entendido guerrero.

Pero no fué solo en las armas en lo que sobresalió Baber: se distinguió por su amor á las letras y por la administracion interior de sus estados. Escribió un poema religioso y unos comentarios en Mogol, en los cuales consignó los principales sucesos de su vida, y cuyo elegante estilo era de admirar. Tambien fué músico. Mejoró los caminos públicos, plantó estensos jardines, edificó casas de reposo para los viajeros, formó el censo de poblacion, y repartió equitativamente los impuestos.

M. P.

CABALLEROS DEL TEMPLE.

Las órdenes militares religiosas, estraña mezcla de guerra y religion, de la iglesia y la caballería, debieron indudablemente su origen á las cruzadas. Los hospitalarios de San Juan dieron el ejemplo de hospedar y proteger á los peregrinos que visitaban el Santo Sepulcro, y poco tardó en establecerse la Orden del Templo ó del Temple con el fin de tener des-
embarazados los caminos que conducian á Jerusalem, con el piadoso objeto de que los peregrinos que iban á visitar los santos lugares no fuesen molestados por los infieles y ladrones.

Hugo de Paganis, de la ilustre casa de los condes de Champaña, y Godofredo de San Omer, ambos caballeros de los que en la primera cruzada

pasaron á la Palestina llenos de cristiano zelo á rescatar los santos lugares, fueron los primeros fundadores de la órden del Temple. Reunidos con siete caballeros mas en Jerusalem por los años de 1118, se consagraron al servicio divino haciendo los votos de obediencia, pobreza y castidad, y sujetándose provisionalmente á la regla de San Agustín.

Balduino II rey de aquella santa ciudad, dióles de limosna una casa inmediata al templo de Salomon donde se acogieron, y determinaron servir y defender la Cruz con oraciones en el monasterio, y con la espada en el campo. Durante los nueve primeros años, esta Orden fue tan poco numerosa que no contaba mas que los nueve caballeros citados, y tan pobre, que tenia que subvenir á sus necesidades el patriarca de Jerusalem, y no tenian mas que un caballo para cada dos individuos.

En 1127 pidieron una regla y segun opinion muy fundada, fue encomendada su formacion á San Bernardo, tío de Paganis, el cual fue nombrado primer gran-maestre.

Los estatutos de la Orden eran místicos, y austeros, pues imponian grandes privaciones, y obligaban á los caballeros á una guerra sin tregua con los infieles, debiendo admitir el combate aunque fuese uno contra tres, sin pedir cuartel, ni ceder por su rescate una pulgada de muralla ni un palmo de territorio. Muchos guerreros cristianos atraídos por el ejemplo de estos religiosos, abrazaron tan piadoso instituto, y la milicia del Temple se presentó luego cubierta de honor y gloria en los campos de batalla.

En vez de los cilicios, lámparas, imágenes de santos, se veian en sus monasterios, convertidos en fortalezas, armaduras y estandartes arrebataados al enemigo; y en vez de la campana que llama á otros monges á maitines, se oía con frecuencia la corneta que incitaba á estos á perseguir los infieles. Eran valientes, generosos, y un dechado de virtudes cristianas. Se defendian de los musulmanes, hacian correrías en sus tierras, y salian al encuentro de las carabanas que llegaban de Europa para escoltarlos y protegerlos hasta el fin de su sagrado viaje.

Las familias mas distinguidas de Europa enviaban sus hijos á la Orden, unos para consagrarlos al mismo servicio, otros para educarlos en la cortesía y el valor. A la admision de caballeros en la Orden precedia siempre la prueba de su verdadera vocacion. Hechas las pruebas, se determinaba la admision y se hacian las recepciones con las formalidades establecidas.

El hábito de los caballeros templarios era una túnica y manto de lana blanca, primero sin cruz y luego con una cruz roja. En tiempo de guerra usaban debajo de la túnica una coraza. Cubrian ordinariamente la cabeza con una especie de gorro. Los escuderos y criados vestian túnica y manto negros ó de tela del pais en que habitaban, pero de color oscuro. El estandarte de los templarios era una especie de pendon cuadri-

longo dividido de arriba á bajo en dos colores, blanco y negro; el blanco para designar la caridad con que debian tratar á los fieles, y el negro, el furor con que debian pelear contra los enemigos de la Cruz.

Su fama fue grande en toda Europa y se propagó su instituto por todos los reinos. En España se establecieron por los años de 1130 erigiendo sus conventos ó castillos en las fronteras de los reinos ó provincias ocupadas por los sarracenos, para llenar mejor su principal instituto de hacer la guerra á los infieles y propagar la religion de Jesucristo.

Recibieron gracias y distinciones en todas partes. Los que espiraban dejaban legados en su favor, y los que tenian culpas ó remordimientos les ofrecian sus riquezas como en expiacion de ellos, de modo que los templarios fueron con el tiempo de los primeros propietarios de Europa.

Heredaban á veces á los reyes, que durante su vida les hicieron tambien grandes donaciones. La de D. Alonso I de Aragon, llamado el Batallador, fue notable por los disturbios á que dió lugar. D. Alonso, hallándose sin hijos, otorgó su testamento sitiando á Bayona en 1131, dejando sus reinos despues de su muerte á los caballeros del Temple; disposicion extraña que no tuvo efecto, y dió motivo á grandes guerras.

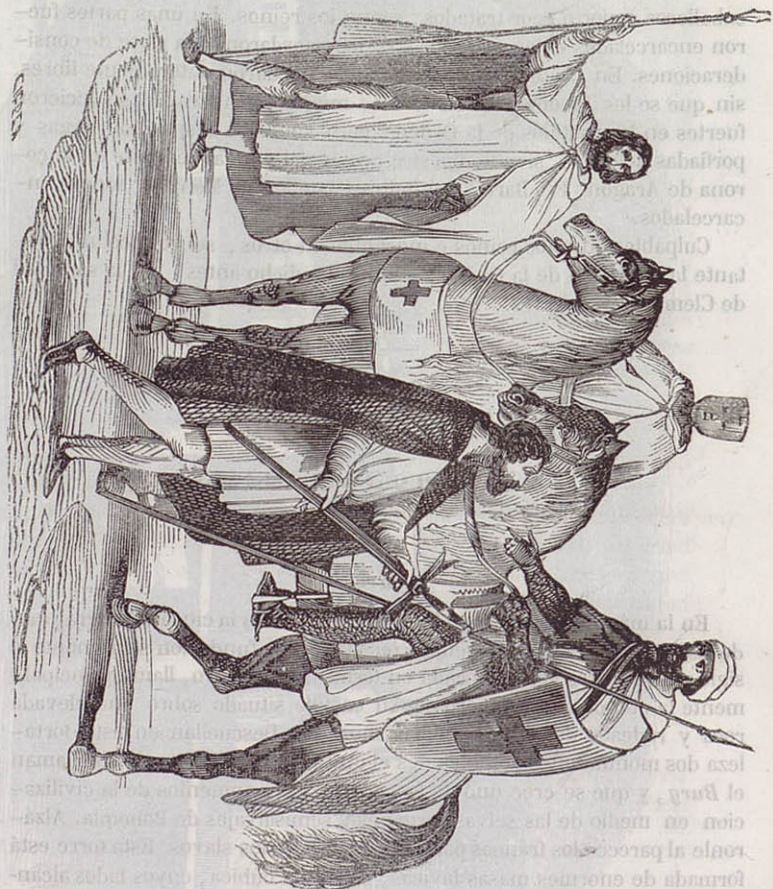
No puede negarse que los servicios de los templarios fueron de grande importancia. En la Palestina hicieron brillantes y heroicos esfuerzos en favor de la religion de Jesucristo, haciendo conocer á los enemigos de la Cruz el poder de su fuerte y valeroso brazo. En otros paises contribuyeron igualmente á propagar la religion del Crucificado. En España, puede asegurarse que desde su establecimiento hasta su extincion, no hubo batalla ni conquista contra los moros en que no se hallaran.

Las inmensas riquezas de los templarios relajaron la disciplina y fueron causa de su estrepitosa ruina. San Bernardo les reprendia ya por su excesivo lujo á los treinta años de haberles dado la regla, en los términos siguientes: «Cubris vuestros caballos con seda: revestis vuestras corazas de no se qué telas flotantes: pintais vuestras lanzas: esmaltais de plata, de oro y pedrerías vuestras sillas, espuelas, frenos y escudos; cuando el guerrero necesita ser valiente, recto, circunspecto, ágil en correr y pronto á herir: os molesta la vista vuestra ondulante cabellera: os embarazan vuestras largas túnicas: sepultais vuestras delicadas manos en anchas mangas. Entre vosotros surgen la cólera irrazonable, el vano deseo de gloria y la sed de pasiones terrestres.»

Poco mas de cien años contaba la Orden, cuando reunia tres mil caballeros, casi infinitos sirvientes á que llamaban freiles y hasta nueve mil casas ó conventos. Viéronse colmados de honores y riquezas, y esto enervó su caridad primitiva y amortiguó el santo zelo de sus fundadores.

Acusados los templarios de varios crímenes, verdaderos unos y supuestos otros, segun la opinion mas comun, se reunió el concilio de Viena, convocado por Clemente V en 1311, el cual acordó casi por una-

nimidad que cualquiera que fuesen las causas para la extincion de la Orden, no debia procederse contra sus individuos sin oirlos. Pero habiéndose presentado en Viena Felipe el Hermoso, rey de Francia, principal acusador de los templarios, celebró un consistorio secreto S. S. con



presencia de muchos cardenales y prelados y anuló la Orden por via de providencia y no de acusacion. Asi, esta Orden que tuvo origen en Jerusalem en 1118, fue extinguida en Viena por Clemente V en 12 de marzo de 1312.

Antes de la extincion dispuso Clemente V en 1308 que se hiciese una averiguacion de los delitos que se les atribuia. Para el cumplimiento de esta soberana disposicion de S. S. se juntaron varios concilios en diferentes puntos de la cristiandad, que examinaron la conducta de los templarios, los cuales fueron declarados culpables en unas partes é inocentes en otras. Sin embargo la extincion de la Orden fue completa, y los caballeros mejor ó peor tratados, segun los reinos. En unas partes fueron encarcelados todos y en otras se les guardaron toda clase de consideraciones. En Castilla, Leon y Portugal quedaron enteramente libres, sin que se les incomodase en lo mas mínimo. En Aragon se hicieron fuertes en los castillos de la Orden, pero vencidos despues de largas y porfiadas defensas, siendo maestre provincial y lugar teniente en la corona de Aragon, Fr. Bartolomé Belbis Castellon de Monzon, fueron encarcelados.

Culpables en unos reinos é inocentes en otros, se verificó no obstante la extincion de la Orden, como se ha dicho antes, por la santidad de Clemente V en 1312.

M.

RAQUEL Y JEROMIR,

ó LA CONVERSION.

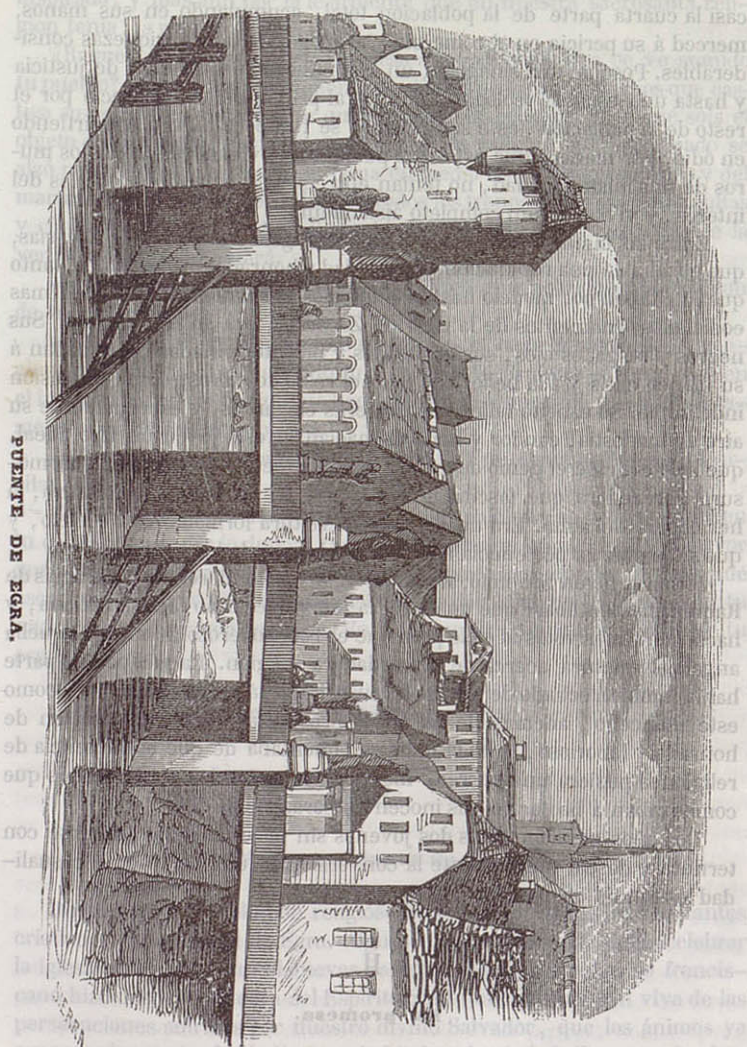
I.

Egra.

En la márgen izquierda del Eger se encuentra la ciudad de Egra, una de las mas antiguas de Bohemia, puesto que su fundacion se remonta al siglo x de nuestra era. Colocada en forma de anfiteatro, llama principalmente la atencion del viajero por su castillo situado sobre una elevada roca y rodeado de altas y sólidas murallas. Descuellan en esta fortaleza dos monumentos notables: es el uno la antiquísima torre que llaman el *Burg*, y que se cree uno de los primeros monumentos de la civilizacion en medio de las selvas vírgenes y semisalvajes de Bohemia. Alzáronle al parecer los francos para defenderse de los slavos. Esta torre está formada de enormes masas lávicas, de forma cúbica, cuyos lados alcanzan á catorce pies. El otro monumento que llama la atencion en el castillo de Egra es una lindísima capilla edificada al gusto romano del siglo xiii y que se atribuye á los caballeros cruzados. Está dividida en dos pisos, que se comunican por una ancha abertura practicada en la bóveda: el piso bajo es de granito; el segundo de mármol blanco.

A mediados del siglo xiv, Egra se hallaba en el apogeo de su prospe-

ridad. Sus cuatro grandes arrabales defendidos por torres y murallas, presentaban como otras tantas ciudades distintas, separadas de la ciudad



PUENTE DE EGRA.

principal por unas sombrías calles de árboles, y por unos bellísimos jardines. Un senado y cuatro burgo-maestres gobernaban la ciudad.

La tolerancia y un cúmulo de circunstancias favorables para la industria habían atraído á Egra un número de judíos que componían casi la cuarta parte de la poblacion total, acumulando en sus manos, merced á su pericia en el comercio y al apego á la usura, riquezas considerables. Poseían una sinagoga, un cementerio, un tribunal de justicia y hasta una escuela teológica. Mirados al principio con desprecio por el resto de la poblacion, este sentimiento se fué poco á poco convirtiendo en odio; por manera que estos dos pueblos que vivían dentro de los muros de una misma ciudad, no tenían entre sí mas relaciones que las del interés, y vivían en un completo aislamiento.

Entre las familias judías, habia una cuyo gefe era el anciano Zacarías, que gozaba de una reputacion de probidad y honradez proverbiales, tanto que le citaban por modelo hasta los mismos cristianos. Uno de los mas eodiciados ornamentos de la casa de Zacarías, era su hija Raquel. Sus negros y rasgados ojos, sus arqueadas y bien terminadas cejas daban á su blanco cutis y á la belleza de todo el resto de su rostro una expresion indefinible. Su esbelto talle, sus maneras elegantes, y especialmente su aire de modestia, candor y bondad, hacían de esta jóven un tipo ideal, que solo concibe el génio del poeta. Pero Raquel no poseía solo la hermosura perecedera que fascina la vista, sino la verdadera hermosura, la hermosura del alma. Era una angelical criatura formada para el cielo, y que sin embargo pertenecía á la detestable raza de los hebreos.

Jeromir, jóven bohemio, no habia visto con indiferencia las gracias de Raquel. Lamentábase que una belleza tan perfecta no fuese cristiana, y hacia continuos votos al cielo para que el Todopoderoso iluminara aquella angelical criatura acerca de la verdadera religion. Raquel por su parte habia tambien echado de ver la aficion con que la miraba Jeromir, y como este mancebo, ademas de su gentil presencia, gozaba reputacion de honrado y laborioso, la bella judía se lamentaba de que la diferencia de religiones pusiera una barrera insuperable entre los sentimientos que comenzaban á brotar en sus inocentes corazones.

Dos años pasaron estos dos jóvenes sin hacer mas que mirarse con ternura y desear mutuamente la conversion el uno del otro: la casualidad les reunió en el puente de Egra.

II.

La promesa.

«¡Ah, Raquel, si fueras cristiana!

—¡Jeromir, si fueras hebreo!»

Tales fueron las primeras palabras que Jeromir y Raquel cambiaron al hallarse muy cerca de una de las estátuas que decoran el puente

de Egra, contemplando el efecto que la luna hacia en las plateadas aguas del Eger. Animado Jeromir por la simpatía que mutuamente se habían inspirado, y mas aun por la fé ardiente que en nuestra sacrosanta religion tenia, la replicó de este modo:

—«Raquel, Raquel, ¿nada te dice esa abyeccion en que se ve sumido tu pueblo? ¿Tu claro entendimiento no distingue la mano de Dios que castiga su negra ingratitud? ¿Por qué os hallais dispersos? ¿Por qué sois el objeto del universal desprecio? ¿Por qué la religion del Crucificado se alzó potente desde su humilde cuna en medio de las persecuciones y del martirio? ¿Por qué se sienta hoy en todos los tronos de las naciones cultas y civilizadas? Abre los ojos, Raquel bella. Si tu corazon puro conoce la verdad, Dios te iluminará.

—¡Ah, Jeromir! ¿qué deseas? ¿quieres que abandone la religion de mis abuelos?

—No, Raquel, la religion que profeso es el complemento de la religion de Abraham. Mira en torno tuyo, y todo te dirá que el error está en el inícuo corazon de los que no han querido reconocer al que tan claramente anunciaron los profetas.

—Tus palabras, Jeromir, llevan la duda á mi corazon. Me siento vacilar.

—Si la verdad estuviera de tu parte, mis palabras no hallarian eco en tu corazon puro. No lo dudes; Dios te habla por mi boca. La fé y el fervor que ahora experimento, me lo revelan de un modo elocuente. Prométeme escuchar solo la voz de tu conciencia, y no dar tu mano á ninguno de tu nacion hasta de aquí á dos años. Entonces serás cristiana y podré ser tu esposo.

—Adios, Jeromir, te lo prometo.»

Y Raquel se retiró con los que la acompañaban.

III.

El Jueves Santo de 1350.

Dirigíanse al templo con religioso recogimiento todos los habitantes cristianos de la ciudad de Egra. Algun suceso memorable debia celebrar la iglesia. En efecto, era el Jueves Santo de 1350. Un religioso franciscano hizo desde la cátedra del Espiritu Santo una pintura tan viva de las persecuciones sufridas por nuestro divino Salvador, que los ánimos ya exasperados contra los judíos que habitaban la ciudad, llegaron al colmo de la irritacion. Salió el pueblo del templo ardiendo en sed de venganza, y la elocuencia del religioso fue la causa inocente de una terrible catástrofe.

Uno de los fieles asistentes al sermón, cogió la cruz de sobre el altar, levantóla por encima de las cabezas de la multitud, y dijo:

—«Todo el que sea verdadero cristiano, sígame á vengar la sangre de Jesus.»

Jeromir, no pudo oír sin estremecerse estas terribles palabras. Raquel y su honrada familia iban á ser quizá víctimas de una horda de fanáticos convertidos en asesinos por un exceso de celo religioso. La exaltación popular no permitía pensar detenerla con razones. Solo la fuerza ó la astucia podían ser útiles en tan difícil trance. Jeromir siguió pues, la turba de furiosos que se dirigía al barrio de los indefensos judíos. Cogidos estos de improviso, sucumbieron sin casi resistencia al furor de sus contrarios. Ni compasión, ni tréguas. La muerte paseaba su esterminadora diestra por los jóvenes y ancianos. Las mugeres y los niños no hallaban tampoco conmiseración en aquellos hombres ébrios de sangre y de matanza. Las casas, las calles y las plazas, estaban cubiertas de cadáveres. Una sombría calle, teatro principal de esta sangrienta escena, conserva aun hoy como recuerdo el nombre de *Calle de la Muerte*.

Jeromir, reunido con otros pocos jóvenes generosos, pusieron un dique á los horrores de este día. Sin su valor y resolución ni un solo judío se hubiera salvado. Jeromir y los suyos contuvieron con su arrojo á este pueblo poco ha tan pacífico y convertido de repente en una horda de salvajes. A duras penas lograron sacar de la ciudad un centenar de judíos. Entre ellos, la Providencia colocó la familia del honrado Zacarías. Apenas se halló fuera de peligro, este probo israelita se hincó de rodillas y dió gracias al Todopoderoso. Jeromir miraba tiernamente á este venerable anciano y á la hermosa Raquel sin atreverse á dirigirles la palabra. Sin embargo, Zacarías le dijo.

—Joven y generoso mancebo, tu acción y la de tus denodados compañeros recibirán su recompensa en el cielo. El terrible castigo que hoy envía sobre nuestras cabezas, aunque cruel, es bien merecido. Hace tiempo que lo preveía. Nuestros vicios, nuestra codicia y nuestra usura, nos lo han preparado. Dios es justo.

—Sin embargo, replicó Jeromir, estoy avergonzado de que mis conciudadanos, que se juzgan cristianos, hayan interpretado tan mal la religión del Crucificado. El murió por los hombres; pero jamás empleó el alfanje.

—Joven, los altos misterios de Dios son incomprensibles. Quizá los tuyos no fueron mas que instrumentos de su justa ira. Conozco á todos mis paisanos. Los que acabas de salvar son los menos culpables. ¿No ves en ello la mano de la Providencia? Pero no os expóngais mas por estos infelices. Volveos á la ciudad.»

Jeromir lanzó entonces una mirada sobre Raquel que estaba consternada, y dijo á Zacarías:

- ¿Adónde pensais dirigiros?
 —A las orillas del Danubio.
 —Prometedme el darme noticias vuestras.
 —Asi lo haré puesto que lo deseais.

Los jóvenes escoltaron aun por espacio de dos horas á los hebreos que habian salvado, y se volvieron á la ciudad.

IV.

Las orillas del Danubio.

Los judíos asi milagrosamente sustraídos á la terrible carnicería de Egra, se dispersaron por las diversas poblaciones de Alemania. Algunos mas atrevidos volvieron luego á la ciudad, todavia regada con la sangre de sus hermanos. Zacarías, separándose del resto de su familia, se dirigió con la interesante Raquel hácia las orillas del Danubio, como habia prometido á Jeromir.

El Danubio es el rio de los grandes recuerdos europeos: teatro de mil sangrientas guerras, revela á la imaginacion leyendas y recuerdos heroicos de todo género. Sus aguas bañan un crecido número de ciudades, que pertenecen á mas de diez estados diferentes, extendiéndose desde los sombríos valles de Baden hasta las playas de Oriente. Páganle tributo cien ríos que le reciben de mas de treinta mil mas pequeños. Por doquiera se encuentran pintorescos y grandiosos sitios, alternativamente agrestes y risueños, presentando una variedad de paisajes encantadores. Aqui aparece una ciudad soberbia con una poblacion activa; allí un arruinado castillo ó una torre desmantelada; acullá una roca agreste y colosal. Las montañas se suceden á las llanuras, los bosques sombríos á los viñedos y sembrados. De lugares secos se pasa á otros pantanosos, y la variedad es infinita desde la Selva Negra, donde el Danubio nace, hasta el Mar Negro donde desagua. A cada paso los monumentos modernos suceden ó preceden á los de la edad media y de la mas remota antigüedad. Por las márgenes del Danubio se abrieron un camino los soldados de Roma; los cruzados, los bárbaros del Norte, los turcos, y modernamente el héroe de la Francia, hicieron del Danubio teatro de sus glorias militares. Tal es el país que Zacarías y su hija eligieron para su peregrinacion. Despues de atravesar las montañas de Bohemia, anduvieron errantes por largo tiempo por los diversos pueblos y ciudades del gran rio. Desprovistos de todo auxilio, objeto de escarnio y de desprecio de los pueblos porque pasaron, no intentaremos describir los grandes trabajos y penalidades que experimentaron. Zacarías amaba el retiro y los sitios agrestes estaban mas en armonía con el estado de su alma.

Puede pues asegurarse que durante los primeros seis meses visitó mas ruinas y parajes solitarios que ciudades.

Entre Moldova y Orsovan se encuentra uno de los paisajes mas grandiosos é imponentes de las orillas del Danubio. Las enormes piedras cubiertas de verde musgo y los árboles gigantescos y espesos que las dan sombra reflejan en las tranquilas aguas del rio toda la grandeza de este imponente y solitario lugar. En él se encuentra un monumento célebre. Elevóle Trajano como signo conmemorativo de su paso por esta comarca en su expedicion á la Tracia. Consiste en una especie de lápida sostenida por dos génios alados, y adornada con dos figuras de delfin. En ella se leen semiborradas estas palabras:

TR. CESARE. AVS.

AUGUSTO. IMPERATO.

PONT. MAX. TRA. POT. XXXV.

LEG. IIII. SCITH ET V.

MACEDO.

A cada uno de los lados de estos antiquísimos restos, se distinguen aun los vestigios del camino que los romanos abrieron en la misma roca.

No lejos del sitio agreste que acabamos de describir moraba un bondadoso sacerdote de la religion del Crucificado. Solia dirigir con frecuencia sus pasos á estos venerandos recuerdos de la antigüedad, entregándose allí á serias meditaciones acerca de la grandeza de los pasados imperios. Igual instinto condujo á Zacarías y su hija al mismo paraje. La desgracia habia hecho terribles estragos en el rostro del hebreo, y la hermosura de Raquel tenia un velo de dolor y sufrimiento que la hacian quizá mas interesante. El padre Anselmo, que así se llamaba el sacerdote, echó de ver muy luego que aquellas dos personas eran víctimas del infortunio.

Aproximóse pues á ellas, y les dijo con aire de suma bondad:

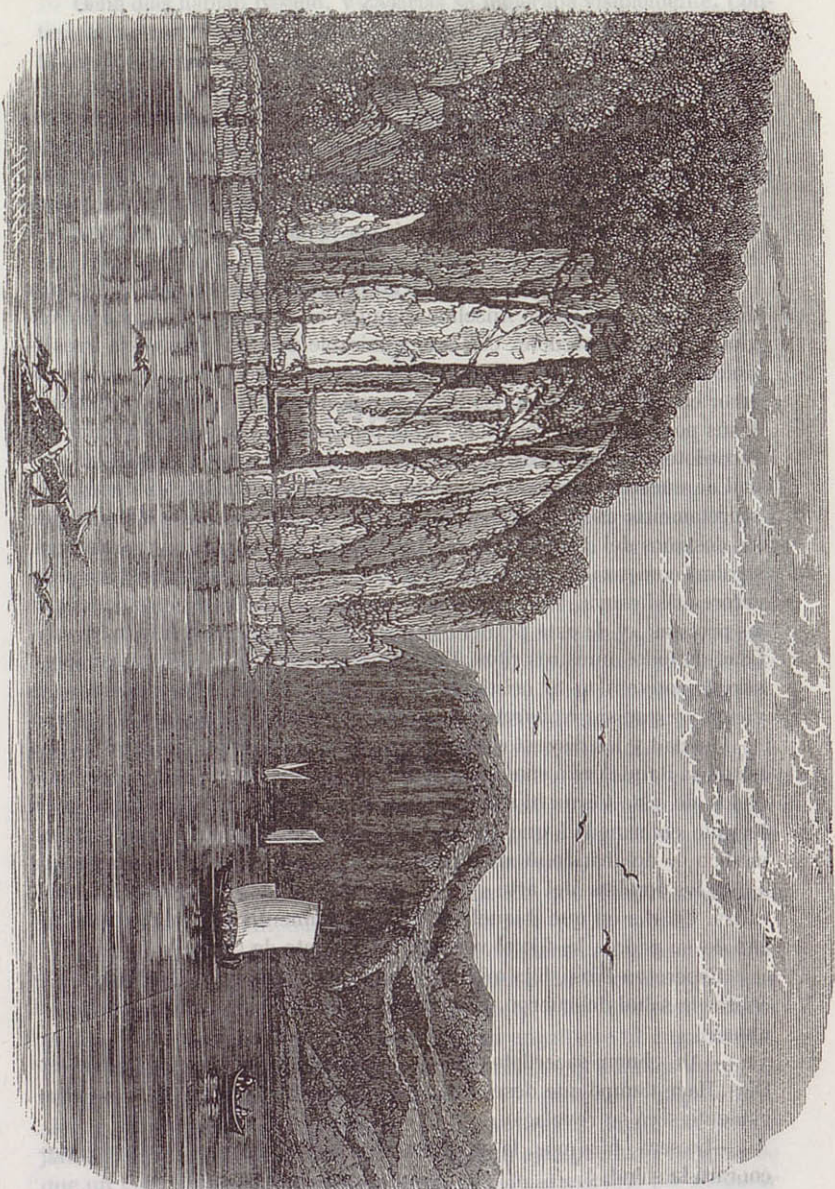
«Hermanos, parece que la suerte no os ha sonreído. Decidme si puedo seros útil.

—Gracias, replicó Zacarías. Sois sacerdote del Crucificado. Nosotros, miserables judíos.

—Todos los hombres son hermanos. ¿Qué necesitais? ¿qué quereis?

—Tal vez no viviré mucho tiempo, dijo el hebreo; pero ya que sois tan bueno, os recomiendo mi hija.»

El padre Anselmo echó una mirada de conmiseracion sobre estas pobres gentes, y les señaló el camino de su solitario albergue.



que en
contra su conciencia un hecho falso? ¿Y por qué los apóstoles

V.

La conversion.

Zacarías y su hija fueron objeto de los mas tiernos cuidados de parte del venerable religioso. Nada perdonó para volver á estos desgraciados la salud y la alegría. Zacarías refirió al padre Anselmo todos los acontecimientos de su vida, y este buen ministro del Altísimo le explicó cuanto tenia que agradecer á la Providencia por la manera milagrosa con que le habia salvado.

Luego que la confianza penetró en el corazon de Zacarías, comenzó á entablar con el padre Anselmo algunas cuestiones relativas á la religion. El buen sacerdote, con una admirable dulzura, una copia irresistible de razones y una elocuencia seductora, procuró convencerle del error en que se hallaban los hebreos que no habian querido reconocer á Jesus por el Mesías prometido. La fé de Zacarías comenzó á vacilar; el sacerdote de Cristo le habia hecho ver casi de un modo indudable la verdad de nuestra sacrosanta religion. Antes que en Zacarías, penetrara ya secretamente en el corazon de su hija. Asi como se acercaba el término de los dos años del compromiso contraido con Jeromir en el puente de Egra, su alma comenzaba á vislumbrar las verdades de nuestra religion y los errores de la suya. Veia claro que Jesucristo era el Mesías prometido por los profetas, y de esta primera verdad iba deduciendo la bondad y santidad de todos nuestros ritos. Una grave enfermedad de Zacarías apresuró la conversion al cristianismo de estos dos seres nacidos para la virtud, y que sin embargo estaban sumidos en las tinieblas del error.

La edad y los disgustos habian agotado las fuerzas de Zacarías. La hermosa Raquel veia con dolor como decaia su anciano padre. Los cuidados de esta tierna hija no fueron suficientes para preservarle de la terrible enfermedad que le acometió. El padre Anselmo era tambien médico, y no abandonó un solo momento al pobre enfermo. Prodigaba á este los auxilios del arte, y á su hija los de la resignacion y la esperanza. Un dia en que Raquel lloraba amargamente á la cabecera del lecho de su padre, la dijo el venerable sacerdote de Cristo:

«Espera en Dios, hija mia. Creo que con su auxilio podré hacerle recobrar la salud del cuerpo. ¡Ojalá pudiese yo daros á entrambos la del alma!

—¡Ah, buen sacerdote! Si salvais á mi padre, creeré en vuestro Dios. Hace tiempo que deseo que el cielo ilumine mi alma. Este acontecimiento será su revelacion.

—Lo será, hija mia, la interrumpió el padre Anselmo. Tu padre recobrará la salud.»

Ocho dias habian pasado, y Zacarías se mejoraba visiblemente. Contemplábanle con singular ternura su hija y el padre Anselmo. Zacarías les habló en estos términos:

«Venerable ministro del Altísimo, querida hija: en medio de mis dolores, he oido vuestra conversacion de hace ocho dias. Un rayo de luz iluminó mi mente. Quiero morir cristiano; deseo que tú lo seas, Raquel mia. Vuestra sabiduría, buen pastor, me ha sacado del error; vuestra bondad me ha arrebatado; vuestra tolerancia me ha convertido.

—Loado sea Dios, dijo el padre Anselmo; y dejándose caer de rodillas, oró con profundo recogimiento; luego continuó:

¡Dios mio, Dios mio! ¡me habeis oido!»

VI.

El bautismo.

Desde el dia de la conversion, Zacarías recobró del todo la salud. Su encantadora hija le prodigaba los mas tiernos y asiduos cuidados. Anselmo por su parte dedicaba una parte del dia á instruir á sus dos neófitos en los sublimes dogmas de nuestra santa religion. Cada conversacion sobre tan interesante asunto, era un bálsamo de consuelo para Raquel y su padre, que veia huir de su entendimiento el error que le oscurecia.

«El Mesías, les decia el padre Anselmo, ha sido anunciado por Jacob, cuyas profecias refiere Moisés en el *Pentateuco*, libro cuya verdad no necesito demostraros. Ahora bien, las profecías de Jacob, Moisés y Daniel, se han cumplido al pié de la letra en Jesucristo. ¿Cómo dudarlo? Jesucristo, mis buenos amigos, ha nacido con las circunstancias que Jacob predijera y en el tiempo que nos fijó Daniel. Murió precisamente como nos predijo este santo profeta. Reflexionad en cuantos incidentes acompañan, la vida y muerte del Salvador, y vereis con mas claridad que la luz del dia, que Jesucristo es el verdadero Mesías.»

—Continuad, amigo, le dijo Zacarías; parece que vuestras palabras van despejando mi entendimiento del denso velo que le cubria.

—La verdad fundamental de la religion cristiana, es la resurreccion de Jesucristo, verdad que tiene todos los grados de la evidencia. Ayer os he relatado las diversas apariciones de Jesus á los apóstoles y discípulos; hoy os probaré que estos no pudieron engañarse ni engañarnos. Y ciertamente; ¿cómo habrian de engañarse mas de quinientos hombres, testigos todos oculares? ¿y cómo habrian de pretender engañarnos, siendo gentes sencillas y tímidas, que ningun interés tenian en semejante supercheria? Además, ¿hay acaso algun ejemplo en la historia de que un gran número de hombres hayan sufrido el martirio por asegurar contra su conciencia un hecho falso? ¿Y por qué los apóstoles, cobardes

é incrédulos durante la vida de Jesucristo, se han vuelto despues de su muerte inalterables y llenos de fé? ¿En qué consiste que San Pedro, que por temor le negó tres veces, sufrió luego impasible el martirio por dar testimonio de su divinidad? ¿Quién ha dado á los apóstoles el poder de hacer milagros para sostener el error y la impostura? Y finalmente, la obstinacion y dispersion de vuestro pueblo, ¿no son un testimonio visible, permanente, de la verdad de la religion cristiana? Sí, Zacarías; sí, Raquel; vuestros profetas lo han dicho: *el pueblo judío permanecerá hasta el fin del mundo ciego y endurecido; será dispersado por toda la tierra, y formará un pueblo aparte de todos los demás.*»

Al oir estas palabras, Zacarías y Raquel cayeron de rodillas á los pies del padre Anselmo exclamando:

«Gracias, Dios mio, gracias, pues nos habeis exceptuado de esa raza maldita que osó desconoceros y sacrificaros.»

Anselmo dió despues á sus dos neófitos una idea clara de los sacramentos del *Bautismo*, del de la *Eucaristia* y del de la *Penitencia*, preparándoles asi convenientemente para recibir el primero.

Al fin llegó este ansiado dia. La naturaleza se presentaba en todo su esplendor. Jamás las pintorescas orillas del Danubio se vistieron con mas pompa y magestad. El rio paseaba mansamente sus aguas. Los corpulentos árboles reflejaban en ellas sus verdes follajes, y las plantas acuáticas elevaban hácia las rocas sus erguidos tallos y brillantes corolas. El astro del dia iluminaba todo este paisaje agreste y encantador.

Era el dia 3 de agosto de 1351. El padre Anselmo acompañado de Zacarías y Raquel, se dirigia hácia este sombrío y embalsamado sitio. El sol habia andado ya casi la cuarta parte de su carrera. A las diez llegaron á las orillas del Danubio.

El padre Anselmo, cual otro Bautista, hizo arrodillar ante sí á Zacarías y á la bella Raquel. Cogiendo entonces del rio en una especie de concha agua natural, la derramó por tres veces en forma de cruz sobre la cabeza de los neófitos diciendo: «*Yo os bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo.*»

Desde entonces Zacarías se llamó *Pablo*; Raquel, *María*.

VII.

El himeneo.

Desde que el agua del bautismo habia regenerado á Raquel convirtiéndola en la bellísima *María*, no cesaba de implorar el divino auxilio para que le permitiera ver de nuevo á su salvador. Jeromir le habia arrancado de las inexorables garras de la muerte: érale no solo deudora de su vida temporal, sino de la eterna, y deseaba consagrar á su servicio por lo menos la primera.

Dominada de estas ideas, solía dirigirse por las tardes hacia el monumento de Trajano en las márgenes del Danubio. Allí, sentada sobre una musgosa roca, veía deslizarse tranquilas las aguas del río aumentadas con el caudal de sus lágrimas. Fija su vista en la corriente, esperaba á cada momento la presencia de Jeromir.

En una de estas tardes, justamente en aquella en que se cumplían los dos años porque había hecho solemne promesa de no pertenecer á otro, sus recuerdos y oraciones eran mas vivas y fervorosas que de costumbre.

«¡Oh Jeromir! decía; libertador mío, si los arcanos de la Providencia te alejan de aquella á quien las aguas del bautismo han purificado y hecho digna de tí, no creas que porque espire el término de mi promesa me creeré dispensada de cumplirla. Por tu Dios, que es ya el mío, por el verdadero y único Dios, te la empeño de nuevo por todo el resto de mi transitoria existencia. ¡Oh Dios mío, Dios mío! permitidme que pueda emplearla en el servicio de mi libertador.»

Y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus megillas.

Sin embargo, el ruido de un caballo que trotaba, llevando sobre su lomo un ginete vestido á lo bohemio, la sacó del arrobamiento en que se hallaba. Raquel alzó sus hermosos ojos, que se fijaron en los del gentil mancebo, dejándose oír en el mismo instante estas dos exclamaciones:

—¡Raquel!

—¡Jeromir!

Y arrojándose este del caballo, se dirigió á la joven.... Ambos se tendieron mutuamente la mano. Al propio tiempo, una voz dulce, cuyo metal inundaba siempre de celeste consuelo el corazón de María, pronunció estas solemnes palabras:

«Arrodillaos.»

Era el padre Anselmo que echaba la bendición nupcial sobre los dos jóvenes.

Al día siguiente escribía Jeromir á su padre:

Orillas del Danubio 6 de agosto de 1352.

«Querido padre: ZACARIAS y RAQUEL han desaparecido; pero en cambio el padre Anselmo me los ha presentado transformados en PABLO y MARÍA. ¡Esta es ya mi esposa. Mis vaticinios se han cumplido. Bendecidnos, padre mío. Pronto estaremos á vuestro lado. JEROMIR.

Seis meses después se hallaban reunidos en Egra, el padre Anselmo, Pablo, María y Jeromir, siendo modelos de virtud y santidad.

El padre Anselmo solía decir:

«Sed tolerantes; persuadid con la razón y no empleéis jamás la fuerza para convenir á vuestro hermano. Sobre todo tened siempre entera confianza en Dios, é implorad su misericordia para que ilumine á los que viven en el error.»

A.

ODESA, SOBRE EL MAR NEGRO.

La ciudad de Odesa está situada en una pequeña bahía del mar Negro, entre la embocadura de dos grandes ríos, el Dnieper y el Dniester. Hace mas de medio siglo no se veía en este sitio todavía mas que un pequeño pueblo de pescadores tártaros. Las ventajas de la posición con respecto al comercio, atraían la atención de la emperadora Catalina, y bien pronto nuevos habitantes llamados por la protección que le dispensó el gobierno, transformaron las cabañas en casas, y los botes en buques. No se despreció nada bajo los reinados siguientes para favorecer los progresos de esta ciudad, en cierto modo improvisada. En 1803, el duque de Richelieu, luego ministro de Luis XVIII, fué nombrado por el emperador de Rusia gobernador de Odesa, y contribuyó poderosamente por su buena administración á la prosperidad rápida del nuevo establecimiento. A su llegada, el número de los habitantes era de cinco mil, y cuando delegó sus funciones para volver á Francia, llegaba á treinta y cinco mil, y acaso mas. El valor y desinterés de que dió pruebas durante el asolamiento de una epidemia terrible que se experimentó en 1813, ha dejado en la población gratos recuerdos. En 1817, un decreto del emperador colocó á Odesa entre los puertos libres, y eximió á los habitantes del pago de derechos por espacio de treinta años. En el día, su número es de cerca de 600,000. «Odesa, dijo Malte-Brun, esporta todos los trigos, maderas, ceras, pieles de Ucrania, y en general todas las mercancías que bajan por el Dniester y el Boug (1); importa los vinos y los frutos del Mediterráneo, los cueros y las sederías de Levante, y otros artículos permitidos de lujo extranjero. Está edificada sobre un terreno inclinado, bajo del cual se halla el puerto, construido de modo que puede recibir hasta trescientos buques. Entre la ciudad, formada de casas de piedras y el puerto, hay una hilera de soberbios mástiles de un aspecto imponente.» Malte-Brun añade que las calles son rectas y bien empedradas; pero está en contradicción sobre este punto con los viajeros. Las casas, en la mayor parte, están separadas las unas de las otras, y su semejanza no ofrece toda la simetría que es de desear. Las calles empedradas son raras, y

(1) El río Boug ó el Boh desagua en la mar á alguna distancia de la embocadura del Dnieper.

VISTA DE ODESA.



D. Juan de Dios, D. Matías Enrique Re-
 dando, de Rusia, D. Mariano Gibert y Perreñabrega, D. Rafael Vicens
 y Arsal, D. Jaime Santaló y Castelló, D. Tomás Borch y Garriga y Don
 Ignacio Capmañ y Verdaguer, de Perolada.

después de las grandes lluvias, el lodo hace impracticable la comunicación para la gente de á pié. Verdad es que con poca fortuna que se tenga se evita este inconveniente.

Mr. Elliot, autor de los viajes por los tres grandes imperios, asegura que con una renta de cuatro á cinco mil francos, cuanto mas, se puede sostener en Odesa un carruaje con dos caballos. Los principales edificios son la catedral, el almirantazgo, el teatro y el hospital. Las fortificaciones estan en buen estado. Sobre la explanada que domina el puerto se ha levantado un monumento á la memoria del duque de Richelieu. Entre los establecimientos de instruccion, se cita el liceo de Richelieu, fundado en 1818 y considerado como una de las mejores escuelas de Europa; una escuela militar instituida por el emperador Alejandro; muchas escuelas elementales donde se instruyen cerca de 1,200 niños de diversas religiones, y un museo donde se recogen todos los objetos de la antigüedad de la Rusia meridional. La industria cuenta alli muchos establecimientos importantes, como son tahonas, cervecerías, fábricas de paños y de sederías, etc. En 1803, las exportaciones ascendieron á 8.800,000 rublos (1), y las importaciones á 5.170,000; en 1816, la exportacion ascendió á 49.000,000 de rublos, de los que 14,000 eran solo por trigos: Odesa abastece de granos á casi todas las comarcas de las orillas del Mediterráneo, desde el Asia menor hasta Gibraltar. En 1817, por consecuencia de las malas cosechas de granos que hubo en una gran parte de Europa, la exportacion ascendió á 52.700,000 de rublos; en 1829, las exportaciones ascendieron á 8.450,000, y las importaciones á cerca de 13.000,000. Los granos que se almacenan en Odesa, para ser exportados después, llegan mas bien por tierra que por mar. En el mes de mayo se empieza á ver llegar pequeños carros cargados de trigo; algunas veces, en los meses de junio y julio, el número de estos carros que entran en un solo dia en la ciudad llega á 600 y hasta á 1,000. Se han contado que en 1817 habian llegado desde mayo á octubre 160,000. Cada carro, tirado por dos bueyes, conduce ocho sacos de trigo.

M. P.

(1) El rublo de 100 copeks vale 4 francos y 61 céntimos.



EJERCICIOS.**EXPLICACION DE LOS DEL MES DE AGOSTO.****PROBLEMA DE ARITMÉTICA.****SOLUCION.**

Gasto del salario del mozo.	600 rs. vn.
Idem de manutencion del mismo.	800
Total.	1,400

Por esta suma debia trabajar el mozo 8 horas por espacio de 260 dias, pero no habiendo empleado en la labor sino 7 horas, 20 minutos diarios, ha perdido cada dia 40 minutos, que multiplicados por 260 dan 173 horas, 20 minutos, cuya pérdida representa 116 rs. y 22 mrs., puesto que por 2,080 horas, ó sean 260 dias de trabajo á 8 horas diarias, se pagan al mozo 1,400 rs.

La pérdida de la yunta, pagándose esta en 12 rs. por 8 horas, será de 260 rs. vn.

De suerte que la pérdida será:

Por el criado.	116 rs. 22 mrs.
Por la yunta.	260 »
Total.	376 22

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS.**ANÁLISIS.**

D. José Cortés, de Medina; D. Manuel Codina, D. Juan Rotllan, Don Francisco Barreras, D. Gerónimo Daroca, D. José Pujol y D. Claudio Fábregas y Ribera, de Barcelona; D. Pedro Hernandez y D. José Pelles, de Daroca; D. Marcelino Redondo, de Huete; D. Carlos Dalman y Martí y D. Isidro Palliré y Llauradó, de Reus; D. Liborio García, de Ventas; D. Feliciano Moránjes y Vilar, de Selva de Mar.

ARITMÉTICA.

D. Juan Francisco Rodriguez, de Betanzos; D. Atanasio Enrique Redondo, de Huete; D. Mariano Gibert y Ferrerfábraga, D. Rafael Vicens y Arnall, D. Jaime Santaló y Castelló, D. Tomás Borch y Garriga y Don Ignacio Capmañ y Verdaquer, de Perelada.

ANÁLISIS Y ARITMÉTICA.

D. Marcelino A. Vidal y Seijas Prado, de Sarriá; D. Manuel María Barrio, de Villaluenga de la Sagra; D. Agustín Sardá y D. Narciso Dolman Maseras, de Montroig; D. José Casanova, de Almuñécar; D. Vicente Rodas y Callel, de San Feliu de Guixols; D. Isidro Hernandez, de Huete; D. Simón Vila y Roure, de Calonge; D. Enrique Medrano, D. Eduardo Gutierrez y D. Tomás Bueno, de Mota del Marqués.

EJERCICIOS PARA EL MES DE SETIEMBRE.

Análisis gramatical y lógico.

Yo vi sobre un tomillo

Quejarse un pajarillo,

Viendo su nido amado,

De quien era caudillo,

De un labrador robado.

(Villegas.)

ARITMÉTICA.

(Problema.)

Un labrador emplea 6 jornaleros á 5 rs. cada uno durante 170 días, debiendo trabajar 10 horas por día sin contar el tiempo de la comida. Tres de ellos no han trabajado sino 9 horas, 35 minutos; dos, 8 horas, 40 minutos; y el otro ha trabajado todo el tiempo que debía. ¿A cuánto asciende la pérdida que ha experimentado el labrador?

NIÑOS QUE SE HAN DISTINGUIDO EN LOS EXÁMENES.

DAROCA.

D. Pedro y D. Elías Hernandez, D. José Pelles, D. Tomás Díez y don Eusebio Rebadan.

MONTROIG.

Sobresalientes: D. Agustín Sardá Llabería, D. Francisco Garo Serra, D. Joaquín Pujal y Pujals y D. Narciso Dalman y Maseras.

Notablemente aprovechados: D. Salvador Pechie Mestre, D. Francisco Garo Fiolch y D. Francisco Gonzalez Borgall.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

El nido de golondrina, ó el desterrado.—El cristianismo en Rusia.—Ba-ber, fundador de la dinastía de los Mogoles.—Caballeros del Temple.—Raquel y Jeromir, ó la conversion.—Odessa, sobre el mar Negro.—Ejercicios.

Madrid: 1831.—Imp. de A. Vicente: Lavapiés, 10.